

EL CALIFA DE BAGDAD.

ÓPERA CÓMICA

EN UN ACTO.

POR

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

ISAUN, Califa de Bagdad, SEÑOR *BERNARDO GIL*.

LEMAIDA, viuda, SEÑORA *JOAQUINA BRIONES*.

ZETULBE, su hija, SEÑORA *LAUREANA CORREA*.

YEMALDIN, sobrino de Lemayda, SEÑOR *JUAN CARRETERO*.

KESIA, criada de Lemaida, SEÑORA *MANUELA CORREA*.

EL CADI, SEÑOR *MIGUEL GARRIDO*.

UN JUEZ, SEÑOR *VICENTE CAMAS*.

CORO DE MUSICOS.

La Scena es en Bagdad.

El teatro representa el interior de un aposento. En el lado izquierdo habrá una ventana que cae á la calle; y mas léjos una puerta que conduce á otra habitacion. A la derecha hay otra ventana, y mas allá una puerta por la que se baxa al jardin: otra puerta en el fondo por la que se sale de la casa. La habitacion y quanto encierra deberá ser muy sencillo.

ACTO ÚNICO.

SCENA PRIMERA.

D U O.

Zetulbé y Kesia, que salen del aposento inmediato.

Kesia. Descúbrase vm. á mí.

Zet. No me atrevo... ^{ist}

Kesia. ¡Niñerías!

Hable vm.

Zet. No puedo, no.

Kesia. ¿Por qué?

Zet. ¿Quieres que te diga
que tengo amor?... no me atrevo.

Kesia. Vm. el secreto pública
á su pesar.

Zet. ¡Justo cielo!

¡Qué imprudencia! Con que, amiga,
me has arrancado el secreto.

Kesia. Le ha descubierto vm. misma.
¿Y ese objeto que vm. ama
ha nacido en este clima?

Zet. Yo de eso no me he informado.

Kesia. ¿Tiene destino por dicha?

Zet. Creo que no.

Kesia. ¿Tiene bienes?

Zet. Tambien lo ignero á fé mia.

Kesia. ¿Cuál es su nombre?

Zet. No puedo

decírtele todavía.

Kesia. ¿Y le ama vm.?

Zet. Muy de veras.

No me chancéo, no amiga:
su nombre y todo lo ignoro.

Ya sabes que soy sencilla,

y que no gasto misterios

contigo. Estás instruída

en este asunto, y ahora

te ruego que no lo digas.

Kesia. ¡Sin saber su nombre amarle!

es cosa extraña. Tranquila

viva vm., que yo el secreto

no descubriré en mi vida.

Despues de las señas que acaba vm. de darme,

no falta mas que me diga, cómo fué el cono-

cer á su amante.

Zet. Tienes razon, y voy á sacarte al momento

de dudas. Hace dos meses que volviendo yo de pasco, acompañada de la que nos servia ántes que tú vinieses á casa, nos asaltó cerca de la plaza una tropa de esos Arabes del desierto, que vienen casi todas las noches á robar en la ciudad: al espanto me tenia fuera de mí, quando de repente se presenta un jóven desconocido, y arrojándose á los malvados que me rodeaban, los dispersa, llega á mí, me mira, arroja un suspiro, y yo me pongo á huir precipitadamente. Amiga mia, te confieso que aquel suspiro y aquellas miradas introduxéron en mi corazon una inquietud, una conmocion que al principio atribuí al agradecimiento, pero despues conocí que era efecto del amor.

Kesia. ¿Ha dado vm. parte de esa aventura á su madre?

Zet. Sí; pero ya sabes que sus continuas desgracias la hacen desconfiar de todo: y así es que á pesar de lo mucho que la he recomendado mi libertador, aun está creyendo que segun su traje y el aparecimiento repentino en aquel terrible momento, era tambien del número de los salteadores. Dice además, que á no ser por mi pronta fuga, hubiera caído en sus manos des-

pues de haber escapado de las de los otros. Pero oxalá, Kesia, oxalá le hubiese visto mi madre, que así haría de él otro juicio mejor, y no me hubiera tratado de loca esta mañana quando la hablaba de este hombre generoso.

Kesia. ¿Y le ha vuelto vm. á ver desde aquel dia?

Zet. Casi todas las noches. Quando estoy sola en mi quarto cantando al laud, viene á la plaza que se vé desde la ventana. Pero lo que me da que hacer es, que solo se presenta á boca de noche, y siempre con un disfraz nuevo.

Kesia. ¿Se hablarán vms.?

Zet. Sí; ¡pero desde tan léjos!

Kesia. Con todo se oyen vms. ¿No es así?

Zet. Rara vez, si creo á mi oído; pero siempre, si consultó á mi corazon.

Kesia. Ahora ya no me admiro que se enojase vm. tanto quando ese viejo Mesur llegó á imaginarse, que por ser Emir rico y poderoso, tendria vm. á dicha el casarse con él.

Zet. ¡Ay amiga! ¡qué sería ahora de mí si mi madre no hubiese consentido en mi repulsa!

SCENA II.

Zetulbé y Yemaldin.

Yemald. Buenas tardes, querida Zetulbé.

Zet. Amado primo, me alegró en extremo de tu venida. Desde que eres Oficial de la guardia del Califa, no te se vé por acá.

Yemald. Ya sabes que este destino me tiene ocupado en el palacio de Isaun... Quisiera ver á tu madre. ¿Está en casa?

Zet. No; pero volverá pronto, porque el Cadí ha enviado á decirla que vendrá esta noche.

Yemald. Sin duda será para apremiarla á que le pague los cien cequíes que le debe. ¿Quién creerá al verla reducida á tanta pobreza, que es la viuda de uno de los Generales mas valientes del Califa, á cuyo grado ascendió por su mérito solo, faltándole los derechos que para ello da una cuna ilustre?

Zet. ¡Ay triste! Con la muerte de su esposo quedó Lemaida sin apoyo, sin bienes, infeliz y digna de la compasion de todos. Mas á pesar de su triste situacion siempre está alegre, siempre amable y bondadosa. Pero dime: ¿es cosa

importante la que tienes que comunicarla?

Yemald. Mas de lo que puedes imaginarte.

Zet. Siendo así, Kesia irá á llamarla, que sabe donde está.

Yemald. ¡Quánto me agrada ese zelo!

Zet. ¿Tratándose de mi madre, te admiras que le tenga?

S C E N A III.

Yemaldin solo.

Yemald. Sentiría que el Califa me echase ménos, pues aunque jóven, amable y de buen humor, no dexa de ser á veces riguroso. Por otra parte todo lo sabe, y todo lo quiere ver por sus mismos ojos. ¿Qué léjos estan de saber en Bagdad, que llevado de su excesiva vigilancia anda casi todas las noches por la ciudad solo y disfrazado, á riesgo de tropezar con algunas aventuras incómodas!... Es verdad que nunca pueden pasar muy adelante habiéndole jurado todos los Ministros de Justicia y Policia no revelar á nadie el nombre supuesto que ha tomado, y que le basta decir para salir de apuros... Tengo para mí que sus paseos nocturnos nacen de otras causas, y que tal vez serían ménos freqüentes sino me-

diase alguna intriga de amores... Para un hombre de su carácter son las tales aventuras, tanto mas apetecibles quanto mas extrañas.

SCENA IV.

Yemaldin, Lemaida, Zetulbé y Kesia.

Lem. Amado Yemaldin, ya sé que deseás hablarme.

Yemald. Es cierto.

Lem. ¿De qué asunto?

Yemald. De Mesur.

Zet. ¡Toma! A poderlo yo adivinar, no me hubiera dado tanta priesa en buscar á mi madre.

Yemald. Se acordará vm. que ha pedido la mano de Zetulbé.

Lem. Sí me acuerdo.

Yemald. Que vm. se la ha negado.

Lem. Debía.

Yemald. Que lo ha sentido mucho.

Lim. Lo creo.

Yemald. Que quiere habérselas con vm.

Lem. Ya lo sé.

Yemald. Que aborrece á vm.

Lem. Le compadezco.

Yemald. Y yo le temo.

En voz baxa á Yemaldin, procurando ocultar su inquietud á su hija.

Lem. ¿Tienes algun motivo?

Yemald. Sí señora; y éso es lo que me ha traído aquí. Un amigo mio, que trata con el Emir, me ha dicho en confianza, que Mesur no puede perdonar á vm. el desprecio que ha hecho de su propuesta, y que busca el menor pretexto para vengarse arruinándola á vm.

Lem. Nada de eso me inquieta. Me ha pedido á Zetulbé porque es bonita: se la he negado porque es feo: hallará otras mugeres porque es rico; yo le pronostico desgracias porque es viejo: olvidará á mi hija porque no la ama, y no me arruinará porque ya lo estoy.

Yemald. Bien dicho; pero reflexióne vm. que despues del Califa es Mesur el hombre mas poderoso de Bagdad, y que puede valerse de muchos medios para dañar á vm.

Lem. ¿Y que quíeres, que sacrifique al temor la felicidad de mi hija? ¡Ah! si me hubiese creído su padre, le hubiera dado la enseñanza que me diéron á mí, y no esa educacion fina que se propone por modelo á todas las doncellitas

de Bagdad: verdad es que así poseería ménos conocimientos; pero al ménos tranquila en su obscuridad, no nos expondría á la persecucion del Emir.

Yemald. Me pesa de haber venido á entristecer á vms.; pero contemplé que debia noticiaros los perversos designios de un hombre cruel y poderoso. Mi deber me llama al palacio, y tengo que retirarme al momento.

Lem. Sentiría que esta tardanza te acarrease algun perjuicio... Pero puesto que estás tan de prisa, vete por el jardin que va á dar á las puertas del palacio, te acompañarémos hasta él, y discurrirémos algun medio para eludir los proyectos de Mesur.

Yemald. Oxalá lo consigamos.

Zet. Su nombre solo me hace temblar.

A Zetulbé.

Lem. Ven con nosotros, y no estés triste. Imítame á mí, que estoy alegre á todas horas.

Yemald. Sí, sí, Zetulbé, tranquilízate. Nosotros cuidarémos de tí; no temas las amenazas del Emir, contra las quales tienes el amor de una madre, y el zelo de un amigo en quienes debes fiarte.

SCENA V.

Kesia sola.

Kesia. Yo conozco que mi pobre señora aparenta una alegría, que no goza su corazón. Por otra parte Zetulbé, según el secreto que me ha confiado, padece una inquietud muy penosa... ¿y quién sabe si será agradable? Yo á lo ménos no puedo todavía juzgar por mí del efecto que hará el amor en el corazón de Zetulbé, pues por mi desgracia sé muy poco de estas cosas. Con todo, ¡ó sublimes hijos de Mahoma! si pusieseis los ojos en Kesia, creo que no os arrepentiriais de vuestra elección, y tal vez mi zelo y mi solicitud os harian ménos necesarias tantas bellezas con que poblais vuestros serrallos, traídas de todos los países con el objeto de variar.

ARIA.

Para poder complaceros
 alternando tomaría
 el carácter y costumbres
 de todos pueblos Kesia.
 ¿Queréis, por exemplo, amar
 á una Francesa vivilla?
 seré fiel á vuestro afecto .

como en París son las niñas.
Si os gusta el canto italiano,
con tono y voz afligida
sabré pintaros mi afecto,
y el dolor que me domina
lèjos de un amado esposo.
Si mas vuestro gusto excita
el amor á la Española,
podréis hacerme visitas
en las sombras de la noche
lèjos de zelosa envidia.
¿Queréis acaso que imite
á la Escocesa afligida?
en las cimas de los montes
repetiré noche y dia
tiernos suspiros de amor.
Si la Alemana os incita,
su bals imitar sabré
dando mil vueltas distintas:
y por fin si alguna Inglesa
deseais por compañía,
olvidando su indolencia,
veréis sus danzas festivas.
A mi esposo deleytando
con este ardid cada dia,

con una nueva muger
nuevos placeres tendria.

S C E N A VI

Isaun y Kesia.

*Isaun con un turbante grosero, una ancha faja,
y un largo sable con puño de madera.*

En el fondo del teatro.

Isaun. Ya estoy en la morada de mi querida Zetulbé.

Kesia. ¿Qué querrá este hombre?

Isaun. ¿Me dirá vm., hermosa niña, si se puede ver á Lemaida?

Kesia. No señor, porque acaba de baxar al jardin á hablar con un pariente suyo.

Isaun. ¿Y á su hija?

Kesia. Está con la madre.

Aparte.

Mirado despacio, parece mejor que á primera vista.

Isaun. Hágame vm. el favor de decir á Lemaida, que cierto sugeto desea hablarla un rato.

Kesia. Pero...

Isaun. Ya, ya conozco que teme vm. el dexarme aquí solo.

Kesia. Es verdad.

Mirando el aposento , dice sonriendo.

Isaun. Pues me parece que puede vm. irse sin recelo alguno.

Aparte.

Kesia. Su reflexión es muy cuerda.

Con impaciencia.

Isaun. Vaya vm. , vaya vm.

Kesia. Ya voy , ya voy. Parece amo de casa según manda.

SCENA VII.

Isaun solo.

Isaun. No me admira su desconfianza , siendo esta la hora en que los salteadores del desierto , esperando burlar la vigilancia del Emir , baxan á la ciudad á imponer contribuciones á sus habitantes , y es preciso confesar que , según mi traje , me tendrán por uno de ellos mas bien que por el Califa de Bagdad. Pero aunque este disfraz no sea el mas favorable para los intentos de un amante , es por lo ménos el mas seguro , y de consiguiente el que debí tomar. Ciertamente que la aventura en que me he metido empieza de un

modo muy singular, ¿y qué importa? mucho mejor; haré porque acabe del mismo modo. Ha muchos dias que el talento y la gracia de Zetulbé me inspiráron deseos de verla. La ví, y determiné elevarla á mi grandeza. Luego que dí parte de este proyecto á los cuerdos amigos que me rodean, tacháron mi amor de extravagancia, teniéndole por un efecto de mi inclinacion á las aventuras extraordinarias, y me sometieron á un mes de prueba ántes que pudiese decir á Zetulbé mi nombre y mis intentos. Tuve que consentir en ello; pero en fin la dilacion acabará á las seis de esta misma noche. ¡Respetable Lemaida! ¡hermosa Zetulbé! ¡qué dicha será para mí el mudar vuestro estado! Nacido en el seno de la opulencia he gozado de todos los placeres; pero nunca; nunca hallé uno mas grato y mas sólido que indemnizar á la virtud y la belleza de las injurias de la fortuna.

S C E N A VIII.

Isaun y Lemaida.

Sin ver á Isaun.

Lem. ¿Quién me buscará? Sin duda será el Cadí.
Vé á Isaun , y da un grito espantoso.

Sin ver á Lemaida.

Isaun. Ahora que estoy solo empezaré á tomar conocimiento del terreno. Dentro de breves instantes poseeré lo mas precioso de esta casa.

Lem. ¡Qué escucho!

Isaun. Lo que temo sobre todo es el que me descubran... ¡Pero qué veól perdone vm. si he venido á turbar su sosiego. Acaso se admirará vm. de esta visita.

Aparte.

Lem. Algo mas tengo que admiración.

Aparte.

Isaun. Voy á embrollar un poco... ¿Sabe vm. quién soy?

Aparte.

Lem. Temo el haberlo adivinado. ¿Podré acaso.....?

Con mucha firmeza.

Isaun. Vamos al asunto , porque yo no gasto preámbulos. Sé que vm. tiene...

Con viveza , y espantada.

Lem. ¿Quién , yo ? No tengo nada , nada absolutamente.

Isaun. ¿No tiene vm. una hija ?

Aparte.

Lem. ¿ Dónde irá á parar ?

Isaun. Ya la conozco.

Lem. Puede ser.

Isaun. Está ya en edad de poderse casar.

Lem. Es cierto.

Isaun. Es bonita.

Lem. Sí.

Isaun. ¿ Vm. no ha hecho todavía eleccion de esposo , he ?

Lem. No.

Con ligereza.

Isaun. Pues yo vengo á proponer á vm. uno.

Admirada.

Lem. ¡Cómo!

Con mucha viveza.

Isaun. Que la conviene sin duda. Es un jóven amable , de buena presencia , que inspira confianza

á primera vista , que sabe hablar y callar quando viene al caso , nunca ligero , muchas veces tímido , siempre modesto ; tal es en fin el esposo de que hablo , y que tiene vm. delante.

Aparte.

Lem. Vaya , vaya, este es un loco : ya estoy un poco mas tranquila.

Isaun. ¿La ha sorprendido á vm. mi proposicion?

Sonriendo.

Lem. ¿Cómo! si es tan razonable.

Isaun. Sin duda. Su hija de vm. me gusta , no hay cosa mas natural : se la pido á vm. , no hay cosa mas sencilla : vm. me la concede , no hay cosa mas justa : me caso con ella , no puede haber cosa mejor. Esto es lo que se llama un negocio hecho.

Lem. ¡Ola! ¡vm. se casa con mi hija!

Isaun. Esta noche.

Lem. Doy á vm. gracias por el aviso.

Isaun. Su dote está ya pronta.

Lem. Pues no falta mas que disponer la cena.

Respondiendo con viveza.

Isaun. Ya lo está.

Lem. No me engañé.

Aparte.

Este hombre ha perdido la cabeza.

Isaun. Quedará vm. contenta , porque no he ahorrado nada.

Lem. Le aconsejo á vm. que no se meta en gastos.

Con firmeza.

Isaun. No le dé á vm. pena , que el dinero me inquieta muy poco : sé los medios de adquirirlo , como vm. verá.

Aparte.

Lem. Ay ; ay , vuelvo á primer juicio. Vaya , vaya : amigo , ya conozco quién es vm. Retírese , ó prontamente...

Alegre.

Isaun. Suplico á vm. que trate mejor á su yerno.

Lem. Vm. me habla así porque estoy sola ; su fortuna es que mi sobrino Yemaldin está en el palacio del Califa , que si no él le haría mudar á vm. de tono.

Isaun. ¡ Quién ! ¿ Yemaldin el oficial de la guardia de. Isaun ?

Lem. Ese mismo. Si se premiára el mérito , ya debería tener por lo ménos una plaza de Emir.

Con viveza.

Isaun. Justamente hay una vacante , y se la dará
Isaun.

Lem. ¡O! si vm. lo dice, no dexará de lograrla,
porque con la proteccion de vm...

Isaun. Pues vale por qualquiera otra.

Lem. Puede ser ; pero repito que se retire vm.,
porque se acerca mi hija , y debo evitarla el es-
panto que le causaria la presencia de vm.

Isaun. Quién sabe. Tal vez me tratará con mas
benignidad que vm.

SCENA IX.

*Isaun , Lemaida , Zetulbé y Kesia , que sale
por la puerta de enmedio mientras se canta el
terceto. Zetulbé da un gran grito cono-
ciendo á Isaun.*

TERCETO.

Lem. Vea vm. ya se ha asustado:
hija mia , cálmate.

Zet. Toda , toda me he turbado:
no hay duda alguna que es él.

Isaun. Todo estoy sobresaltado:
¡ó qué dicha , que placer!

Lem. Ten mas ánimo.

Isaun. ¡Qué hermosa!

Zet. ¡O qué venturoso día!

Lem. Con el miedo desvaría.

¿Por qué estás tan amorosa?

¿es el susto?

Isaun. ¿O la pasión?

A su madre.

Zet. No me asusto.

Isaun. Buen principio.

Zet. Como late el corazón, &c.

A Zetulbé.

Lem. Vamos, tranquilízate: ¿cómo es que á vista de este hombre?...

Zet. Madre mia, este es....

Lem. ¿Quién?

Zet. Aquel de quién hablé á vm. esta mañana.

Aparte.

Isaun. Bueno, que me tenía en la memoria.

Lem. Pues bien, quando yo te decia que era....

No me faltaba sino verle para cerciorarme. No me admiro ya de que haya venido á ofrecerse por tu esposo.

Turbada.

Zet. ¡Ay madre!

Lem. No te dé cuidado, que no lo será.

Isaun. La sentencia es cruel; pero á bien que se puede apelar de ella.

Lem. Se le figura que por haberte libertado de las manos de sus camaradas....

Zet. ¡De sus camaradas! ¿Qué dice vm.?

Lem. Yo no entiendo á esta muchacha. Mírale, mírale, y juzga por tí misma de lo que digo.

Isaun. Un poco de moderación, señora Lemaida.

Lem. No hay mas que tener paciencia hasta que venga alguno.

Riendo.

Isaun. Créame vm.: por mas que haga, será su yerno el Bondocani: ya está resuelto.

Haciendo gestos.

Lem. ¡El Bondocani! ¡Qué nombrel

Zet. Madre mia es un nombre como otro cualquiera.

Lem. ¿Y habia yo de dar tal esposo á mi hija habiéndosela negado al Emir?

Isaun. ¡Al Emir! gran cosa.

Lem. Quando ménos es el xefe de los que tienen la profesion de vm.

Zet. Madre, ¿es posible que le trate vm. así?

Lem. Este interés de mi hija... será efecto del agradecimiento, porque de otro modo....

A. Isaun.

Vamos, sálgase vm., repitib por la última vez, ó tema....

S C E N A. X.

*Dichos y Kesia.**Kesia.* Aquí está el Cadí.*Aparte.**Isaun.* El Cadí. Por fortuna ya sabe el enredo.*Aparte y alegre.**Lem.* Ya lo tenemos preso. Amigo, amigo, vm. se pudiera haber pasado sin esta visita.*Isaun.* ¿Por qué?*Lem.* Porque está en casa el Cadí.*Isaun.* Mejor. No podia venir mas á tiempo para extender las capitulaciones matrimoniales.*Lem.* ¡Y qué se atreverá vm. á estar delante de un Cadí! ¡vm.!*Isaun.* Y delante de cincuenta, si es necesario.*Aparte.**Lem.* ¡Qué picaron tan descarado! Pero vm. ignora que sobre ser hablador, mal intencionado y caprichudo....*Isaun.* Sea lo que quiera, no le temo.

Lem. Eso es porque trata mejor á los de su clase de vm. que á sus acreedores.

Aparte.

Yo haré que nos quite de delante este hombre. Tú, Kesia, lleva mi labor en casa de tu madre, y encárgala que la venda lo mas pronto que pueda.

SCENA XI.

Dichos y el Cadí.

Lem. Buenas tardes , señor Cadí.

Cadí. ¿Quándo se ha de cansar vm. de hacerme ir, volver y tornar en demanda de una cantidad que me debe legítimamente? ¿piensa vm. que trata con uno de esos acreedorcillos sin crédito y sin bienes, que pueden esperar todo el tiempo que se quiere? ¿así se trata á un Cadí? ¿dónde está el respeto y las atenciones debidas al talento, á la virtud, á la ciencia, al mérito, á mí en fin?

Lem. Señor Cadí, lo siento á par del alma; pero por ahora no puedo satisfacer á vm. Tenga vm.....

Alargando la mano.

Cadí. ¿El qué?

Lem. Un poco de paciencia. Pero ya que está vm. aquí use de su poder.

*Con viveza.***Cadí.** No puedo nada.*Del mismo modo.***Lent.** Oiga vm.**Cadí.** No oigo nada.**Lem.** En sabiendo vm....**Cadí.** No sé nada mas....**Lem.** Que tengo en mi casa....**Cadí.** Que soy...**Lem.** Un bribon.**Cadí.** Capaz de perder á vm. ¿En fin, no me quiere vm. pagar?**Lem.** No.**Cadí.** Basta: voy á tomar testimonio de esa obstinacion.**Lem.** Le doy á vm. licencia.**Isaun.** Y yo se lo prohibo.*En voz baxa á Isaun,***Zet.** ¿Qué hace vm.?**Isaun.** Lo que debo.**Cadí.** ¿Quién es vm. para hablar así?**Isaun.** Yo se lo diré á vm.**Cadí.** Insolente; ¿no sabe el respeto debido á un Cadí?**Isaun.** ¿Y vm. ignora el que se debe á la desgracia?

Cadí. Que me pague.

Isaun. ¿Qué cantidad?

Cadí. Cien zequíes.

Isaun Sosiéguese vni.

Cadí. Los necesito.

Isaun. Sé le darán.

Cadí. Al momento.

Arrojando un bolsillo entima de la mesa.

Isaun. Tome vni.

Cadí. A fé mia que es cierto.

Lem. Yo estoy aturdida.

A Lemaida haciéndola señal que se acerque

Cadí. ¿Sabe vni. que este hombre tiene un modo de explicarse muy elegante? ¿quién es?

Lem. No se lo puedo decir á vni. , ni sé mas que hace una hora que me tiene atolondrada , y que se llama , segun dice , el Bondocani.

El Cadí se levanta precipitadamente , y dexa caer la mesa.

Lem. ¿Qué le ha dado á vni.?

En la mayor agitacion.

Cadí. Perdone vni. , señora ; perdone vni. mil veces. ¿Cómo dice vni. que se llama?

Lem. ¡ He! No me haga vni. repetir ese vil nombre

Cadí. Pero diga vni. , diga , se llama... vni.

Zet. El Bondocani.

Corriendo como loco.

Cadé. ¿ Es posible?... ¿ el Bondocani?... Y yo que...

Alí, Alá, Alí, Alá.

Isaun le hace señas para que se retire, y lo hace precipitadamente sin tomar el dinero, gritando sin cesar, Alí, Alá.

S C E N A XII.

Isaun, Lemayda y Zetulbé.

Lem. Si se habrá vuelto loco. Diga ym., ¿ qué significa todo esto? Al oír su nombre pierde el juicio, obedece á una seña, y se va sin tomar el dinero, que es lo mas extraño; pero en fin, de esto último no se me da nada, porque así puede ym. guardar su bolsillo, siendo indecoroso para mí el consentir.,

Isaun. ¿ Aun piensa ym. en eso, Lemaida?

Poniéndole el bolsillo en la mano.

Lem. Tome ym. su dinero, le ruego.

Isaun. Lo tomaré para enviárselo luego al Cadé.

Lem. Repito que no entiendo estás cosas.

Isaun. Dexémos ahora esas admiraciones, amada madre; y tratémos de arreglar otros asuntos mas

importantes. Yo voy ahora mismo á dar varias disposiciones relativas á mi boda.

Lem. No saldrá de esto.

Isaun. En breve recibirán vms. las alhajas y demas bagatelas del caso , cómo por exemplo , los veinte mil zequíes que he destinado para regalar á vms.

En voz baxa á Lemaida.

Zet. ¡Madre , veinte mil zequíes!

Isaun. Además , hallándonos ya en este caso , debemos tratarnos sin cumplimiento ; y así vendré á cenar con vms. esta nóche.

Muy asustada.

Lem. No señor , no se incomode vm. , porque...

Interrumpiéndola.

Isaun. Yo me encargó de todos los preparativos de la cena , y no tendrán vms. que hacer nada.

Lem. No sea vm. así.

Isaun. Hasta luego , madre mia. A Dios Zetulbé, único objeto de mis deseos. A Dios.

S C E N A. XIII.

Lemaida y Zetulbé.

Zet. Diga vm. lo que quiera , madre , yo aseguro que es muy hombre de bien.

Lem. ¿ En qué te fundas ?

Zet. En el bien que me hizo , en su tranquilidad , y sobre todo en el interés que ha sabido inspirarme.

Aparte.

Lem. ¿ Si la animará otro afecto distinto del que yo creía ?

Zet. ¿ Qué dice vm. ?

Lem. Que el agradecimiento es una virtud propia de los buenos corazones , la qual sientes ahora dentro de tí , y no otro afecto.

Sonrojada.

Zet. ¿ El agradecimiento ? Oiga vm. , querida madre , y conocerá qual afecto me ha inspirado este jóven desconocido.

Desde el dia en que su brazo
para mi defensa armó,
está su imagen presente
á mi inquieto corazon.

Su vista temo y deseo...
 Si esto llamais gratitud,
 mas que todos, segun veo,
 tengo yo de esta virtud.

Lem. ¿Qué imprudente!

Zet. Quando le veo, me turbo,
 y no siento desazon;
 pero luego que me dexa,
 huye el placer que me dió.
 Padezco y lloro en silencio...
 Si esto llamais gratitud,
 mas que todos, segun veo,
 tengo yo de esta virtud.

Lem. Y sin duda creyendo obedecer al impulso de la gratitud, habrás aceptado ya su propuesta.

Zet. Creo que sí, madre mia.

Lem. Pero reflexiona un momento. Si este Bondocani fuese digno de tu mano, ¿hubiera guardado tanto silencio sobre su familia y sus bienes? ¿hubiera añadido á la oferta que me ha hecho mil bufonadas á qual mas importuna? Díme, te ruego, ¿se portaria así uno que llevase miras honradas?

Empieza á anochecer.

Zet. Y qué ¿será posible?... Vaya, vm. me llena

de pesadumbre y de temores. Sin embargo, no podrá vm. ménos de confesar que lo que ha hecho con el Cadí, y los veinte mil zequíes que nos ha...

Lem. Quanto mayores son sus promesas, tanto ménos debemos contar con ellas. ¡ Veinte mil zequíes! ¿Sabes que es un tesoro? Sí, sí; espéralos, espéralos.

Zet. Sea lo que quiera, mi corazon me dice lo contrario.

Aparte.

Plegue á Dios que no me engañe.

Lem. Vaya, vaya, dexemos ese hombre, de quien no oírémós hablar mas en nuestra vida. ¿Pero qué tramoya es esta?

SCENA XIV.

Lemaida, Zetulbé, criados de Isaun, que traen telas, alhajas, alfombras, arañas, fuentes llenas de frutas, &c.

CORO DE CRIADOS.

Aquí las gracias habitan,
y su madre está con ellas:

volad , amables placeres;
volad , siguiendo sus huellas.

A los criados.

Lem. Señores , ¿ podré yo saber ?...

Volviendo la espalda.

Criad. Extendamos las alfombras,
y todo en orden se vea.

*Unos ponen las alfombras , otros las arañas,
y otros encienden.*

Dirigiéndose á otros.

Lem. Pero digan vms. quién les ha mandado...

Criad. Para cubrirla de flores
acercad aquí la mesa.

Lem. ¿ Con que se obstinan vms. en no decir quién
les ha dado orden?...

Criad. 1. El Bondocani.

Haciéndola una gran reverencia se aleja.

Lem. ¿ Quién vuestro amo?

Criad. 2. Es el Bondocani.

Haciendo lo mismo que el anterior.

Sale un hombre mas adornado que los otros , el qual se acerca á presentar á Lemaida una caxita muy brillante : dos que le acompañan traen un cofre mucho mayor : los demas no cesan de trabajar.

Lem. ¿Quién me envia esto ?

Todos. El Bondocani.

Lem. Pero yo deseo...

Coro. Aquí las gracias habitan , &c.

Homb. Esta caxa contiene los veinte mil zequíes prometidos.

Zet. ¡Qué tal ! ¿He esperado mucho tiempo ?

Homb. Este cofre , cuya llave ha guardado el Bondocani , y que con ningun esfuerzo podrá vm. abrir , encierra cosas que á su tiempo darán á conocer á vms. el sugeto que nos envia.

En voz baxa á Lemaida.

Zet. Bien decía yo á vm. , madre: no me engañaba el corazon.

Lem. En efecto , aunque ignoro la profesion de este hombre , no puedo ménps de confesar que cumple sus palabras. Pero vm. , que al parecer es la persona de su confianza , pues que le ha encargado esta caxita , y lo que encierra , sabrá quién es , y cuál es su estado.

Homb. Se llama el Bondocani.

Impaciente.

Lem. ¡Dale! ya lo he oído mil veces; ¿pero en que se ocupa?

Homb. No sé.

Lem. ¿Dónde vive?

Homb. No me lo ha dicho.

Lem. ¿Es poderoso?

Homb. Absolutamente lo ignoro. Pero permita vm. que, según la orden del Bondocani, se pongan estos efectos en la habitación inmediata.

Lem. Vaya, vaya. Todo esto es un sueño; pero sería lástima despertar de él, porque ya me empieza á ser gustoso.

El hombre hace una profunda cortesia á Lemaida, y se va con pasos mesurados como habia venido. Los otros empiezan á seguirle; pero Lemaida los detiene, y llevándolos al extremo del teatro, les dice con voz suplicante.

Lem. Amigos míos, queridos amigos; decidme por caridad el estado, los títulos de vuestro amo.

Homb. Lo ignoramos como vm. En quanto á su nombre, se llama....

Lem. ¡He! ya lo sé mejor que vms., solo quiero que me digan.

Cantan la letra del principio, y se van.

SCENA XV.

Lemaida y Zetulbé.

Lem. Con tanta grandeza estoy fuera de mí. ¿Es esta mi casa? ¿Soy Lemaida?... Este hombre... estos regalos... no puede ménos que todo esto sea sobrenatural.

Zet. ¡Ola! ¿empieza vm. ya á mudar de concepto acerca del Bondocani? Me alegro mucho.

Lem. En efecto, quanto veo me da á conocer que eran falsos mis juicios.

Zet. ¿Cómo pudo vm. engañarse? Su conversacion, su semblante, todo, todo estaba diciendo que era un hombre de bien, generoso. ¡Estoy ahora tan consolada, tan alegre! Si la esperanza no me engaña, creo que nada se opondrá ya á mi felicidad.

SCENA XVI.

*Lemaida, Zetulbé y Kesia.**Azorada.*

Kesia. ¡Ay de nosotras!

Lem. ¿Qué sucede?

Viendo lo que hay en el cuarto.

Kesia. ¡Pero qué veo! Todo esto prueba....

Lem. ¿Qué dices?

Kesia. ¿Aun lo ignoran vms.? Ese hombre que ha venido á casa....

Lem. ¿Qué? ¿qué?

Kesia. Es un capitán de vandoleros.

Lem. y Zet. ¡Qué escucho!

Kesia. Ya le van persiguiendo, y pronto....

Remedando á Zetubé.

Lem. Bien decía yo á vm., madre, no me engañaba el corazón. Y yo que tuve la bondad de dexarme persuadir. Ya se acaba todo.: no me hables mas de él.

Zet. ¿Y por qué ha de creer vm. á esta atolondrada? ¿quién te ha dado esa nueva?

Kesia. Ya está divulgada por toda la ciudad, y desde mi casa hasta aquí no he oído hablar de otra cosa. Lo peor es que nuestro maldito vecino, ese hombre abominable, el Emir, en fin, acaba de delatar á vm. como cómplice en los robos del ladrón que persiguen.

Zet. ¡Ay cielos!

Lem. Al cabo consiguió su deseo. ¿Pero de qué puede acusarme?

Kesia. De que oculta vm. en casa las alhajas robadas por los Arabes, y entre ellas una caxita llena de piedras preciosas que ha visto pasar por debajo de su balcon, y que pertenece al Califa segun dice.

Lem. ¿Al Califa?

Zet. ¡Qué calumnia!

Lem. En buen negocio nos hemos metido.

Zet. Todo esto es obra del Emir. Yemaldin nos habia advertido de sus proyectos, y la venganza ha alcanzado tambien al infeliz Bondocani.

Lem. ¿Qué dices? ¿podrás creer aun?... Vaya, yo tengo la cabeza tan aturdida con las cosas que he visto y oido, que no sé ni lo que pienso, ni lo que digo, ni lo que hago.

Kesia. Sea quien quiera el Bondocani, hará bien en no acercarse á esta casa, porque la justicia no tardará en venir.

Zet. ¡Ay! tal vez ignorará lo que pasa, y volverá como nos lo ha prometido.

Muy asustada.

Lem. Estamos perdidas.

Zet. Si él viene, se pierde tambien.

Lem. ¡Pór qué desgracia nos envió el cielo este maldito Árabe!

SCENA XVII

Dichas, é Isaun.

Lem. Otra vez le tenemos aquí.

Isaun. Ya ven vms. que soy exácto en mis citas.

Lem. ¡O tú! seás quien fueres, hombre de bien, ladron ó brujo, sálvate: huye, te digo; huye, que yo te lo mando.

Zet. Y yo se lo 'suplico á vni.

Lem. La justicia va á venir en busca de vm.

Isaun. Déxelos vm. venir, que ya dexé atrancada la puerta de modo que necesitan mucho tiempo para echarla abaxo.

Dexándose caer en una silla.

Lem. ¡Qué suerté tan desdichada nos espera!

Isaun. ¡Qué magnífica cena vamos á tener!

Lem. Mis temores se han verificado.

Isaun. Todos mis deseos se han cumplido.

Lem. Reflexione vm. que esas gentes de justicia...

Isaun. Han cenado, y nosotros vamos á hacer lo mismo.

Lem. No será mala cena.

Isaun. Vamos, Zetulbé; siéntate al lado de tu madre.

Aparte.

Zet. Su presencia me asegura sin saber porqué.

Isaun la lleva á la mesa, y se sientan.

Isaun. Veo con gusto que se han obedecido fielmente mis órdenes: ¡Qué momentos tan deliciosos para mi amor!

Bebe.

Esta comida sin ceremonia; este lugar sencillo y hermoseedo con tus prendas, la alegría de tu madre,

Oyese ruido en la calle.

y sobre todò la amable tranquilidad que gozamos, todo me encanta y me enagena.

Despues de haber mirado por la ventana.

Kesiz. La Justicia.

Lem. Llegó nuestra última hora.

Isaun; Bebamos. Este vino de Chiros es incomparable; mas porque nada falte á la fiesta, cantémos, y yo empezaré.

Para lograr:á su amada
uno ostenta sus riquezas,
y el otro cifra su dicha
En lograrla por sus prendas.

Todos un gusto tenemos,
y gozar es el mejor:
amigos míos, cantemos
los placeres y el amor.

Muchas voces á la puerta,

Les harémos responder.

Isaun. Canten todos el placer.

Aquel encuentra su dicha
de la guerra en los peligros,
y éste al lado de su dueño
en pacífico retiro.

Todos un gusto tenemos, &c.

Coro. Les harémos responder.

Kesia. Ya han derribado la puerta.

Lem. ¿Lo has oído?

Isaun. Nada importa.

Lem. ¿Quieres morir, infelice?

Isaun. Cada qual tiene, señora,
su placer y su locura.

Fuera.

Coro. Su osadía castigüemos.

Lem. ¡O funesta desventura!

Isaun. Al placer y amor cantemos.

SCENA XVIII.

El Juez y los Ministros.

Juez y Min. Su atrevida resistencia
recibirá el justo pago.

Temed todos nuestro enojo,
pues ya estais en nuestras manos.

Juez. Dadme de Isaun la caja.

Lem. Oid ántes mis descargos.

Juez. ¿Aun intentais resistiros?

Obedeced mi mandato.

Lem. Ya obedezco.

Zet. Yo la sigo.

Isaun. Canten todos el placer.

A Isaun.

Juez. Quédate aquí, temerario.

Zet. El infeliz se ha perdido.

*Va con su madre á traer la caja del aposento
inmediato: Kesia va tambien con ellas.*

SCENA XIX.

Isaun, el Juez y los Ministros.

Juez. Ve respondiendo á mis cargos.

Aparte.

Isaun. Con una sola palabra
les voy á llenar de espanto.

Juez. Antes de ir á la prision
díme tu nombre , insensato.

Aparte.

Isaun. ¡Ir yo preso! Ciertamente
que sería muy extraño.

Juez. Díme tu nombre.

Isaun. ¿ Mi nombre ?

Juez. Sí.

Isaun. ¿ Con que estais empeñado
en saberle ?

Juez. Ciertamente.

Isaun. Pues , amigo , yo me llamo
el Bondocani.

Juez. ¡ Gran Dios !

¿ Qué hemos hecho , desdichados ?
Es el Califa.

Coro. ¿ Qué dice ?

¡Inesperado fracaso!

Isaun. ¿Cómo han mudado de tono!

¡Qué sumisos han quedado!

Coro. Implorémos el perdon,
pues dicen que es muy humano.

Se arrojan á los pies de Isaun.

SCENA XX.

Dichos, Lemaida, Zetubé.y Kesia con la caxita.

Lem. Se ha perdido sin remedio.

Zet. ¡Si acaso estaré soñando!

Lem. ¡Qué prodigio!

Coro. A vuestros pies
nuestro perdon imploramos.

Lem.y Zet. Todos estan á sus pies,
y le suplican temblando.

Con tono amenazador.

Isaun. Yo debiera... pero alzado,
todos estais perdonados.

S C E N A XXI.

Isaun , Lemayda y Zetulbé.

Lem. ¡Cómo ha variado la scena en un momento !
Vaya , no dudo que estas son brujerías. Vm. con una sola mirada se hace querer de las doncellas , ahuyenta á los acreedores , hace temblar á los Jueces perdonándolos , quando le contemplábamos á vm. en su poder. ¿ Pero qué ha hecho vm. para convertir sus insolentes amenazas en humildes súplicas ?

Isaun. Nada mas que decirles mi nombre.

Lem. ¿ Nada mas ?

Isaun. No señora.

Lem. Es necesario confesar que tiene vm. un nombre terrible , el qual me va gustando ya.

Isaun. Y tú , querida Zetulbé , estás ya tranquila ?

Zet. Asegurada de la inocencia de mi madre , solo temblaba por vm.

Lem. A lo ménos ahora podemos estar en sosiego , porque , gracias al cielo , en compañía de vm. no sabe una si la persiguen , si la amparan , si está rica ó pobre , muerta ó viva. En fin , ya que no puedo averiguar cómo hemos salido del

peligro , le pido á vm. que se esté quieto , y no se exponga otra vez. Pero yo quisiera saber cómo es que esta caxa del Califa...

Isaun. Le juro á vm. que es mia.

Zet. Siempre dixé yo que sería una calumnia del Emir.

Isaun. Que Isaun castigará sin duda.

Lem. ¿Quién , Isaun? ¿ese loco que solo piensa en sus gustos?

Isaun. Mal le trata vm. El es jóven , y puede todavía...

Lem. ¿El qué?... Lo digo aquí entre nosotros : es un hombre veleidoso , sin-carácter , injusto.

Isaun. Muy severa es vm.

Lem. Vea vm. lo que está haciendo conmigo. Un dia que su padre estuvo á pique de perder la vida en una batalla , fué puesto á salvo por el valor de mi esposo , y en recompensa tiene á la viuda en una grande pobreza.

Isaun. En ese punto soy del mismo sentir que vm. Hace mal , muy mal ; pero por dicha estamos á tiempo que puede enmendarlo todo.

Lem. No le pido nada.

Isaun. Razon poderosa para alcanzarlo todo.

SCENA XXII.

Dichos y Kesia.

Kesia. Si no me engaño , acaba de entrar su sobrino de vm.

Lem. ¿Qué querrá á estas horas?

Aparte.

Isaun. Yo tengo mis dudas. Acaso tendrá que comunicar á vm. algun secreto. Yo me retiro al aposento inmediato.

Lem. Ya se podia vm. ir que son las seis.

Isaun. ¡ Con qué impaciencia esperaba esa hora!

Lem. ¿ Por qué?

Isaun. Porque vendrán ya con música mis amigos á rendir homenaje á Zetulbé.

Lem. ¡ Cómo! ¡ cómo! No señor, no harán nada.

Isaun. Yo voy á acabar de arreglar las capitulaciones matrimoniales para extenderlas.

Lem. Hágalas vm. enhorabuena ; pero firmarlas yo es otra cosa.

Isaun. Sí , si las firmará vm. *Vase.*

Lem. Luego lo veremos. No he conocido en mi vida un hombre tan caprichudo como este.

S C E N A XXIII.

Dichas y Yemaldin.

Yem. Ya estoy libre, y vengo á dar á vm. noticia de un acontecimiento tan singular, tan inverosímil, que no le creerán vms., porque yo mismo le tengo por un sueño.

Lem. Explicate.

Yem. Quando me aparté de vms. era un mero oficial del Califa. ¿Qué dirán vms. que soy ahora?

Lem. Dexa, dexa: me acuerdo que.... No faltaba mas que esto.

Yem. No quiero tener á vms. impacientes. El gran secreto, ó por mejor decir el milagro, es que soy Emir.

Zet. ¡Emir!

Lem. Ya lo esperaba yo.

Yem. ¡Y qué! ¿No se admira vm.?

Lem. ¡Admirarme yo! ¡He visto tanto, tanto, que ya todos los milagros de Mahoma pasados, presentes y futuros me parecen juego de niños!

Yem. ¿Pues qué ha sucedido?

*Enseñándole lo que han traído los criados
de Isaun.*

Lem. Mira todo eso que te rodea, y por añadidura un yerno que regala á mi hija, entre otras frioleras, veinte mil zequíes.

Yem. ¡Veinte mil zequíes! ¿Es algun príncipe? Tia, admita vm. quanto ántes. á ese hombre bienhechor y generoso.

Lem. Solo hay una dificultad, y es que este hombre bienhechor y generoso no es príncipe ni soberano, sino al parecer cabeza de vandidos.

Zet. ¿Aun insiste vm. en eso?

Yem. ¿Qué escucho? ¿y vm. ha podido consentir....

Lem. No sé cómo ha sido esto: él me ha obligado á....

Yem. Ya, ya: ha abusado de la desgraciada situacion de vm. Pues que lleve á otra parte sus regalos y riquezas.

Zet. No le juzguen vms. sin oirle: á bien que no está léjos de aquí.

Yem. ¿Dónde se halla?

Lem. En ese quarto.

Yem. ¡A estas horas! Juro por Mahoma que he de castigar su atrevimiento.

En ademan de sacar el sable para entrar.

Deteniéndole.

Zet. Deten...

Yemald. Morirá, morirá.

Lem. Sosiégate, y no te metas con ese hombre extraordinario.

Yemald. No le temo, sea el que quicra.

Lem. Advierte, que hasta su nombre hace prodigios.

Yemald. ¿Cómo se llama?

Lem. El Bondocani.

Sorprendido.

Yemald. ¿Qué dice vm.? ¿El Bondocani?

Lem. No hay duda.

Yemald. ¿Y es él quien quiere casarse con mi prima?

Lem. El mismo.

Muy turbado.

Yemald. ¡Ay Lemaida! ¡Ah Zetulbé!... Sepan vms.... Pero mi juramento.... No, no puedo hablar.

Lem. ¡He! ya empieza á hacer de las suyas ese nombre maldito, volviendo loco á mi sobrino como á todos los demas.

Remediándole.

Morirá, morirá. Vámonos hombre, saca el sable,

y entra. ¿Por qué te detienes?

Yemald. Basta de chanza, y dé vm. gracias al cielo porque ha destinado á su hija tal esposo.

Lem. ¿Qué quiere decir todo eso? ¿Acaso conoces tú tambien á ese diablo de Arabe?

Yemald. ¿Qué es lo que vm. dice, tia?... Cuidado, que si lo escucha...

Lem. No te dé pena, que yo no he gastado cumplimientos con él.

Yemald. ¡Cómo! ¿Acaso le ha tratado vm. ?...

Lem. De aventurero, y de cabeza de bandidos.

Yemald. ¡Cielos! vm. se ha perdido.

Asustada.

Lem. ¿Me he perdido? ¿Qué dices?

Yemald. Tema vm. el enojo del Bondocani.

En la mayor turbacion.

Lem. Sus discursos... Este misterio... ¡Sin saber por qué, tengo ahora tanto miedo, tanto!

Zet. Ahora bien, madre, parece que el nombre hace en vm. el mismo efecto que en todos.

Lem. Este hombre me ha de volver loca. ¿Pero qué oigo?

SCENA XXIV. Y ULTIMA.

Dichos, el coro, y séquito de Isaun.

EL CORO.

Celebrémos la belleza
del feliz hermoso objeto,
que ha sabido grangearse
el amor de nuestro dueño.

Lem. Yo no sé dónde me hallo.

Kesia. ¡Qué magnificencia veo!

Zet. ¿Cuál será el fin de estas cosas?

Un Grande de la corte seguido de esclavos, que traen un velo y un plumage muy brillante, se acerca á Zetulbé, y arrodillándose dice:

Esta prenda de himenéo
recibid, y venturoso
haga el amor vuestro pecho.

Al son de una música armoniosa la ponen el velo y el plumage. Se inclinan todos: Lemaida está inmóvil y embelesada: Isaun sale del gabinete con el vestido de Califa, y se queda detras del coro, que repite:
Celebrémos la belleza, &c.

Lem. ¿Se burlarán de nosotras?

Zet. ¡Qué embelesada me siento!

Lem. ¿Quién la envía este regalo?

Coro. Su esposo.

Lem. Pero acabémos.

¿Quién es?

Coro. Nuestro soberano.

*Aquí se divide el Coro, y dexa ver á Isaun en
medio de los Grandes de su corte.*

Lem. ¡Cielos!

Muy admirada.

Zet. ¡El Califa!

Isaun. El mismo.

Aceptad en este día

su amor y su mano á un tiempo.

Y vosotros, homenaje

rendid á mi amado objeto.

Coro. Rindamos el homenaje

debido á su hermoso objeto.

Zet. ¿Qué dice? Yo estoy turbada.

Isaun. ¡Al verla cuál me deleyto!

A Lemaid.

Isaun. ¡Día feliz! ¿Consentís

al fin en nuestro himenéo?

Lem. ¿Es posible?...

Zet. Gran señor,

yo tanto honor no merezco.

Isaun. Todo, y aun mas es debido

á tu virtud y talento.

Coro. Celebrémos la belleza, &c.

F I N.